

Los eruditos a la violeta, o la afortunada sátira de un escritor sin fortuna

FERNANDO DURÁN LÓPEZ

Universidad de Cádiz

Cuando José Cadalso Vázquez dio a la imprenta en 1773 sus *Ocios de mi juventud, o poesías líricas de D. José Vázquez*, en las reputadas prensas de Antonio de Sancha, sus lectores bien podían tener claras dos cosas: la corta edad del poeta, pues en efecto había nacido en 1741, y que no poseíamos título para buscar la aprobación del público sino el de haber escrito *Los eruditos a la violeta, o curso completo de todas las ciencias, dividido en siete lecciones para los siete días de la semana, compuesto por Don José Vázquez, quien lo publica en obsequio de los que pretenden saber mucho estudiando poco*, salido de aquellas mismas prensas el año 1772 y seguido en cuestión de semanas por un *Suplemento* que acabaría compactado en el organismo de la obra.

De la primera de esas cosas cabe advertir que hay que entenderla sin anacronismos. En nuestro mundo actual, que edulcora la infancia, idealiza la juventud, menosprecia la madurez y se aterra ante la ancianidad, no llamaríamos joven a un bragado militar de más de treinta años. En el Antiguo Régimen, y sobre todo entre las clases acomodadas, la juventud de la que hablo responde a un hecho sociológico más que biológico: los hijos de hidalgos, pequeños nobles o burgueses con cierta posición, en especial quienes no fuesen primogénitos, experimentaban una larga acomodación hasta valerse por sí mismos, asentar su carrera y, después de eso, acceder a una plena toma de estado mediante el matrimonio, completando su figura de madurez a menudo solo en la cuarentena. Mientras tanto, como Cadalso, eran jóvenes buscando protectores, intrigando y pretendiendo mejoras en su carrera, tanteando un rumbo profesional u otro, compartiendo salones, amistad o amores sin fruto y sin futuro, y muchos de ellos solazándose con las bellas letras mientras se procuraban el medro lejos de toda sombra de belleza. Pensar en el Cadalso que escribió *Los eruditos a la violeta* como en un escritor de oficio es un tanto ilusorio, una alucinación que suma las obras que dejó impresas, con las que fueron saliendo en los años posteriores a su prematura muerte y con las que la codicia filológica ha ido sumando de entre sus papeles dispersos.

Y si para nosotros Cadalso es, por encima de todo, el autor de las *Cartas marruecas*, para quienes convivieron y leyeron con él Cadalso era lo que había tras la suma de Juan del Valle y de José Vázquez, firmas que se estampan sobre los tres libros que de una tacada y disparando en direcciones diferentes dio a luz aquel joven militar desconcertado entre 1771 y 1773. Y ante todo del segundo. En efecto, solo hay que leer el texto introductorio de Cadalso (esto es, Vázquez) a sus *Ocios*, en que declara entregar sus poesías al público «movido de un justo agradecimiento por la favorable acepta-

ción con que el público honró la crítica de los falsos sabios que hice con nombre de los *Eruditos a la violeta*». Claro que la crítica cansa cuando se convierte en sátira o se repite a sí misma —sigue diciendo— y para no cansar ofrece ahora versos líricos en vez de crítica en prosa. La continuidad que se pretende entre los *Eruditos* y los *Ocios* es desde luego una estrategia de mercado y no una realidad literaria, porque lo único que la justifica es el nombre del autor y el éxito de la primera, que por birlibirloque metonímico ha convertido a José Vázquez en *El autor de los eruditos*. Bien se explica, por tanto, que al reimprimirse el poemario desde 1781 en Madrid y Barcelona se presentase en portada como *Continuación de los Eruditos a la Violeta*, sin duda queriendo aprovechar con más contundencia el tirón que ello parecía prometer aun producto —la poesía— siempre de menor despacho. A pesar de que la primera obra impresa de Cadalso fue, en 1771, su *Don Sancho García, conde de Castilla. Tragedia española original, por Juan del Valle*, trabajada por Ibarra, Cadalso iba a quedar fijado en la memoria colectiva por los *Eruditos*. La serie se hubiera redondeado con visos de perfección si la censura le hubiera permitido publicar en 1774, como pretendía, las *Cartas marruecas*. Cabe preguntarse si entonces el autor de las *Cartas* hubiera reemplazado en su lugar público al autor de los *Eruditos*, pero el celo vigilante del Consejo nos impide averiguarlo.

El éxito de los *Eruditos* fue rotundo, siempre que no lo midamos con unos parámetros de impacto que para ese sistema cultural resultan ajenos. En la España de Carlos III las élites letradas eran muy reducidas, ensimismadas y con círculos muy trabados entre sí y con los engranajes político-administrativos. Lo que se decía en las tertulias y oficinas madrileñas era más influyente que cualquiera de los menguados periódicos que salían en la corte; los mentideros públicos, que aún no constituían una verdadera opinión pública ni sostenían un campo literario autónomo, profesional o autosuficiente, definían el quién es quién de las letras. En esos mentideros se gestó, apenas aparecido el volumen de Sancha, una primera réplica, imitación y continuación, pues tenía de todo un poco, obra de Manuel Santos Rubín de Celis presentada como una *Junta que en casa de D. Santos Celis tuvieron ciertos eruditos a la violeta; y parecer que sobre dicho papel ha dado el mismo a D. Manuel Noriega, habiéndosele este pedido con las mayores insistencias desde Sevilla*, Madrid, Manuel Martín, 1772. La noticia de ese folleto fue el pretexto para que Cadalso sacase su *Suplemento* a fines del año. La *Junta* sirvió, pues, para dar cuerpo físico y cuerpo moral a la pieza cadalsiana, ya que a menudo fue reimpresa en las ediciones de los *Eruditos*, como por ejemplo en la que sacó de sus prensas barcelonesas la Viuda Piferrer en 1782, tirada de la que procede el ejemplar propiedad del Real Círculo de la Amistad de Córdoba que justifica estas páginas. En un folleto de 1783 contra esa *Junta*, José María Vaca de Guzmán decía de la “delicada crítica” de los *Eruditos*, que:

LOS ERUDITOS A LA VIOLETA, O CURSO COMPLETO

DE TODAS LAS CIENCIAS,
DIVIDIDO EN SIETE LECCIONES

PARA LOS SIETE DIAS DE LA SEMANA,

CON EL
SUPLEMENTO DE ESTE.

COMPUESTO

POR DON JOSEF VAZQUEZ,

quien lo publica en obsequio de los que pretenden
saber mucho estudiando poco.

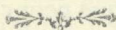
Y UNA JUNTA

QUE EN CASA DE DON SANTOS CELIS
tuvieron ciertos Eruditos à la Violeta:

Y PARECER

QUE SOBRE DICHO PAPEL HA DADO

el mismo à Don Manuel Noriega, habiendole este pedido
con las mayores instancias desde Sevilla.



CON LICENCIA

Barcelona: En la Imprenta de EULALIA PIERRE Viuda,
Impresora del Rey nuestro Señor, Plaza del Angel.
Año M.DCC.LXXXII.

un hallazgo tan feliz, como perfectamente desempeñado, se llevó desde luego las atenciones de propios y extraños; no dudamos (antes de verle) de su mérito los que tratábamos al autor; conociéronle a las primeras líneas los que no tenían la más leve noticia de su singular talento; y muy en breve se hizo universal su aclamación (1783: 10).

No estamos en este caso ante adulación de amigo ni ante convencionalismo impuesto, sino ante un hecho de sólida evidencia. Diferentes estudiosos han confirmado este éxito dando cuenta de los escritos que dialogan con Cadalso, no necesariamente

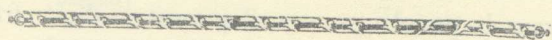
oponiéndose a él. Hombres de letras de primera línea se hicieron eco parcial o total del modelo y el tema, como Tomás de Iriarte en *Los literatos en cuaresma* de 1773. Pero también autores jóvenes, ansiosos por enlazar con las modas y modos de la corte, se sintieron interpelados, como un José Vargas Ponce de dieciocho años que asumía con entusiasmo el magisterio de «José Cadalso (alias Vázquez)» (2012: 54) e intentaba imitarle mediante una carta remitida desde Cádiz al autor a quien calificaba como «señor don Cervantes de nuestro siglo» (2012: 33). No fueron ni mucho menos los únicos. También proliferaron infinidad de citas y se ha constatado que las expresiones «violeta» y «a la violeta» se convirtieron en proverbiales y fueron profusamente usadas en la conversación y en la escritura. Incluso el violeta se tomó como figura satírica para tonadillas y entremeses teatrales, entrando en el territorio de un público interclasista y menos letrado. Las varias reediciones del texto son, en ese sentido y en ese contexto, el elemento menos elocuente de tan amplísima acogida. Fue sin duda uno de los grandes libros de su época.

Cadalso redactó sus *Eruditos* no mucho antes de su publicación, seguramente en 1770, aunque lo habría terminado después de agosto de 1771, fecha de salida de unos de los muchos libros que cita. Es la misma época en que escribe las *Noches lúgubres* y llora la muerte de su amante, la actriz María Ignacia Ibáñez, sobrevenida de forma inesperada en abril de aquel año. Esta cercanía de fechas y disparidad de registros literarios es un saludable antídoto para la habitual confusión entre vida y obra, y las lecturas autobiografistas estrechas de la literatura, que tanto han querido *romantizar* a Cadalso. Es sintomático que Sebold incluya los *Eruditos* en un cajón de sastre de «obras menores»: bien se ve que es la que peor conviene a su argumento. El propósito de la obra es bien conocido: censurar y satirizar la nueva pedantería del siglo que invade los salones y concurrencias públicas españoles, fingiendo irónicamente un manual de instrucciones para pasar por sabio y aparentar estar al día de las ciencias y las letras sin tener que estudiar ni leer obras profundas.

En los *Eruditos*, Cadalso funge de moralista satírico, aunque con cierta repugnancia a asumirse como tal, más cómodo en el papel de «crítico» que cree corresponderle mejor. En cuanto al contenido, el debate hermenéutico se ha centrado en precisar el objeto real de la crítica y su alcance ideológico en el contexto de la discutida Ilustración española. A veces dicho debate va algo desencaminado, al aceptar la premisa de que es una obra de crítica (véase por ejemplo el revelador título de trabajo de Edwards 1976) y postergar a un nivel formal y de menor rendimiento interpretativo su condición de sátira. Pero una sátira es un artefacto analítico muy diferente de, por ejemplo, el ensayismo de las *Cartas marruecas*. Gran parte de las insuficiencias y contradicciones que se observan provienen de ese desajuste de planos, que deja grietas sin soldar y superficies deslizantes. El multiperspectivismo de las *Cartas marruecas* permite articular las contradicciones en una visión del mundo compleja, pero una sátira en la

(61)

SUPLEMENTO
AL PAPEL INTITULADO
LOS ERUDITOS
A LA VIOLETA.



EN VEZ DE PROLOGO
LEED ESTO POQUITO,
Y PERDONAD LA CORTEDAD.



E consta que ha salido, está saliendo, ó vá á salir una cosa entre crítica y sátira contra mí y contra el hijo de mis entrañas, el Papelito intitulado LOS ERUDITOS A LA VIOLETA.

Los Sugetos que forman la sociedad literaria que me vá á impugnar, son personas en quienes contemplo y reverencio el mas maduro juicio, la mas profunda erudicion, la mas amena literatura y la mas acreditada imparcialidad.

No

que el elemento irónico está tan poco aprovechado — nada que ver con un Jonathan Swift o con el ironismo inglés — postula una censura unidireccional, cuya legitimidad queda amenazada por las ambigüedades y los matices. Por eso me permito opinar que los *Eruditos* constituyen una obra imperfecta, que tuvo éxito precisamente porque los lectores optaron por hacer caso omiso de sus aristas. Trataré de explicar esto algo más.

El autor había puesto el dedo sobre una llaga ardiente del mundillo literario español (y nunca ha sido de mejor aplicación que aquí el diminutivo): el cambio en las formas de la vida intelectual y en el papel social otorgado a la sabiduría, a los distintos niveles y usos del conocimiento. De ahí su éxito precisamente entre los letraheridos del país, que fueron su público y se sintieron aludidos de modo personal. *Los eruditos a la violeta* era desde luego una sátira que podía ser disfrutada por el público en general, pero obtenía su máximo rendimiento entre las clases literatas, que cada día

tenían que contrastar sus saberes en el doble plano de los salones mundanos y de los gabinetes doctos. ¿Cuál de los dos espacios valía más? ¿La cátedra o la tertulia? ¿El latín o el castellano? ¿Los doctores o los ensayistas? ¿El tratado o el periódico? Las jerarquías que los articulaban estaban en una acelerada mutación, como ha explicado Joaquín Álvarez Barrientos (1999), y desde comienzos del siglo se había producido un fenómeno paradójico: la modernidad y el progreso crecían mediante las formas más ligeras, sociables y divulgativas del conocimiento, en merma del sabio tradicional encastillado en saberes facultativos y autoritarios, refractario a la crítica filosófica; así pues, la Ilustración avanzaba por el mismo carril que una erudición frívola y pedante, para periódicos, misceláneas y reuniones mundanas.

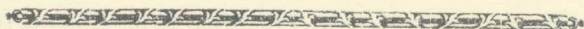
Como siempre, cabía adoptar ante el cambio la actitud del apocalíptico ola del integrado, usando los términos ya clásicos de Umberto Eco. En los *Eruditos* Cadalso posa como apocalíptico, lo cual se acomoda mejor al estilo y los códigos de la sátira moral —y al resentimiento de quien ataca a un público que le ha negado su favor y al que cree incapaz de apreciar sus méritos—, pero le coloca en cierto modo en el bando contrario al que le correspondería por sus ideas. Lo sostenía con perspicacia Manuel José Quintana en un artículo de 1803, donde amonesta a Cadalso recordando que «el charlatanismo de estos entes podía en aquellas circunstancias ayudar a la ilustración, sirviéndole de incentivo y de vehículo». Quizá para defender la buena crítica moderna, a la vez que se deslindaba de la vulgarización pedante y afectada, había que disponer de un instrumento más sutil que la sátira, arma destructiva y condenatoria que ataca desde un moralismo arrogante. Cadalso necesitaba ser más fino y dialéctico, y a menudo rebaja el nivel satírico para hacerlo, desequilibrando en algún grado su estructura argumentativa. Ese es el punto en que los *Eruditos* amenazan con convertirse en texto ambiguo. Era la obra de un satírico que dudaba, raro espécimen en la fauna literaria. Cual suele acontecer en tales casos, la recepción coetánea fue más unidireccional y compacta.

A esto coadyuvaba la doble fisonomía formal de la pieza, que contenía en su entrega primigenia una estructura cerrada y coherente en forma de lecciones temáticas sobre los saberes que debía dominar un *violeto*, imitando la disposición de los libros devocionales o didácticos que ofrecían materias para cada día de la semana. Ese bloque tendía a cerrarse en una unidad de sentido que replicaba la jerarquía de las distintas ciencias y disciplinas. Pero a eso se añadían al final unas «Instrucciones» de un padre a su hijo para viajar fuera de España, donde se subvertía el esquema irónico para ofrecer un riguroso modelo de conducta y de educación. Y el *Suplemento* se construye como una serie de cartas burlescas escritas por *violetos* en aplicación práctica de la *violetez*: ahí el énfasis pasaba de la definición del vicio a la taxonomía del vicioso, abriéndose en un abanico de representaciones humanas en la antigua tradición de los géneros satíricos concebidos como colección de caracteres. Además incluía una

(122)

debe singular obligacion. El filogifmo con que V. md. empieza la leccion del dia Viernes es un esfuerzo increíble de la razon humana. Lo he aprendido no fola de memoria, fino tambien de entendimiento y voluntad, y lo repito con frequencia; y ¡ojalá con igual fucefo! Al entendedor pocas palabras, y V. md. me mande como que foi su admirador y discipulo. P. D.

¡ Si viera V. md. qué hombres hai tan estraños en el mundo!



V.

CARTA DE UN VIAJANTE
à la Violeta à su Catedrático.

MI norte, y mui Señor mio: Esto de hablar de países estrañeros sin haber salido de su lugar con tanta magestad como si se hubiera hecho una residencia de diez años en cada uno, me acomoda mui mucho. Para esto basta comprar un juego de viages imprefo, que tambien le aumentan à uno la Librería de paso; y para viajar efectivamente se necesita un gran caudal, mucha salud, la posesion de varias lenguas, dón de gentes, y mucho tiempo totalmente dedicado à este unico objeto. Por tanto, luego que lei el parrafo de viages que V. md. pone en su obra (digo el parrafo à la Violeta, porque el otro copiado del papel en que venian embueltos los viscochos no tuve la paciencia de tragarlo), me determiné à vér Turin, Dublin, Berlín, Pekin y Nankin, y sin salir de mi quarto. Sus discipulos de V. md. no fomos hombres que dexamos las cosas en solo proyectos: pasé à po-

dilatada serie de traducciones de pasajes poéticos donde el tono irónico se distiende hasta su mínima expresión, y una grave reprobación de los infundios sobre España propalados por Montesquieu. El baile entre moldes cerrados y moldes abiertos, entre el discurso irónico y su contradiscurso serio, entre el estudio del género y el de las especies, permite un juego complejo y ambivalente, digno sin duda del autor de las *Cartas marruecas*, pero también desestructuran el artefacto satírico.

En lo que hace a la parte literaria, la publicación de los *Eruditos* fue un solitario y nunca repetido golpe de fortuna para un escritor, Cadalso, que nunca anduvo sobrado de dichas. En lo que hace a los demás ocios y negocios de la vida, tampoco escatimó desmedros y decepciones: sus amores juveniles acabaron en muerte trágica de la amada; sus ambiciones cortesanas en el círculo de Aranda tuvieron graves alti-

bajos; su carrera militar siempre estuvo al albur, entre padrinos veleidosos y ascensos denegados, en lo que no dejó de influir la acidez de una pluma crítica que a menudo le costaba dejar quieta en el tintero. Como hombre de letras fue admirado por un relevante grupo de amigos y discípulos entre Madrid y Salamanca, pero salvo sus ocasionales trabajos como censor para el Consejo de Castilla y el estreno teatral de *Don Sancho García*, su itinerario luce bastante “desinstitucionalizado”, algo inusual en el sistema de las letras dieciochescas, sostenido sobre el mecenazgo gubernamental y la sociabilidad de academias, sociedades doctas y empleos públicos. Los satíricos punzantes y los críticos lúcidos son individuos incómodos que pagan caro el romper con su propia voz los silencios colectivos. El satírico de los *Eruditos* fue escuchado con gusto por una vez, pero el crítico de las *Cartas marruecas* fue condenado al silencio muchos años. Mientras tanto, un casco de granada en los alrededores de Gibraltar terminó de hacerle el trabajo sucio al infortunio, para que quien había padecido tropiezos y perplejidades en sus amores, su carrera y su literatura, no se ahorrara tampoco la pesadumbre postrera de morir joven y malograrse.

El reinado de los *Eruditos* duró varias décadas, pero se extinguió con la caducidad que suele aquejar a las obras de burlas. Desde 1772 hasta entrado el siglo XIX fue una obra releída y celebrada, de esas a las que cualquiera podía aludir sin mayores precisiones porque formaba parte de un acervo compartido de referencias literarias y códigos sociales. Con el nuevo siglo, su universo de textos y contextos fue perdiendo vigencia, y decayendo la eficacia de su mordiente satírica. También lo hizo el Cadalso poeta, destinado a sufrir idéntica merma que la escuela neoclásica que él había apadrinado en Salamanca. En paralelo, la apuesta más ambiciosa del Cadalso crítico, esas *Cartas marruecas* que se sepultaron en un amargo ostracismo hasta su edición en el *Correo de los Ciegos* del año 1789, iban alargando su sombra y ocupando más y más espacio, hasta llegar a mimetizarse con Cadalso mismo, como su obra cumbre y una de las cimas del XVIII, verdadera joya aún no del todo valorada como se merece, quizá porque el XVIII sigue todavía sin valorarse lo suficiente.

No era un final infeliz, sin duda, que el autor de los *Eruditos* se mudase ahora en el autor de las *Cartas marruecas*, pues en definitiva don José Cadalso no se juzgaba a sí mismo un satírico, sino un crítico, y por eso nos recuerda al introducir los *Ocios* que con sus *Eruditos* quiso hacer «la crítica de los falsos sabios», que no deseaba ver «degenerada» en «sátira, cosa opuesta a mi modo de pensar». Pero mal que le pesase, era la sátira la que fagocitaba la crítica en su exitosa pieza contra los *violetos*. La crítica recuperó su trono, y reivindicó la posteridad del crítico en las matizadas y ambiguas voces de Nuño, Gazel y Ben-Beley. Al fin y al cabo, el infortunado Cadalso alcanzó la fortuna (literaria, y por tanto ilusoria) de haber escrito el libro de moda de su tiempo (los *Eruditos a la violeta*) y el libro lúcido que bien puede definir su siglo (las *Cartas marruecas*).

Bibliografía

- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (1999): «El violeto de Cadalso como *Bel Sprit*», en Guillermo Carnero *et alii* (eds.): *Ideas en sus paisajes. Homenaje al profesor Russell P. Sebold*. Alicante: Universidad, pp. 43-62.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando (2002): «La autobiografía juvenil de José Cadalso». *Revista de Literatura*, LXIV, 128, pp. 437-473.
- EDWARDS, June K. (1976): «Los eruditos a la violeta: la crítica de una época», en *Tres imágenes de José Cadalso. El crítico. El moralista. El creador*. Sevilla: Universidad, pp. 19-58.
- GLENDINNING, Nigel (1962): *Vida y obra de Cadalso*. Madrid: Gredos.
- QUINTANA, Manuel José (1803): «Literatura. Crítica. Obras del coronel don José Cadalso [...]». *Variedades de ciencias, artes y literatura*, I, IV, pp. 244-256.
- LAMA, Miguel Ángel (2017): «Cadalso, autor de bien», en Elena de Lorenzo Álvarez (ed.): *Ser autor en la España del siglo XVIII*. Gijón: Trea, pp. 263-280.
- SEBOLD, Russell P. (1974): *Cadalso: el primer romántico «europeo» de España*. Madrid: Gredos.
- VACA DE GUZMÁN, José María (1783): *El crítico madrileño. Carta tercera. Lleva al fin una oda en elogio del coronel D. José Cadahalso, que murió sobre Gibraltar en 1782. Dala a luz Don Miguel Cobo Mogollón*. Madrid: Imprenta de Miguel Escribano.
- VARGAS PONCE, José (2012): «Carta a Cadalso» [1778], en *Obras escogidas*, Fernando Durán López (ed.). Sevilla: Fundación José Manuel Lara, pp. 27-54.